

Sábado 9 de Julio de 1921

UNA CUESTION MONUMENTAL

El diputado señor Leckie, es un hombre de carácter.

Así lo ha demostrado por lo menos en la Cámara al oponerse en forma decidida y enérgica a la moción de los representantes de Coquimbo, La Serena y Elqui, para elevar un monumento en la Serena a don Gregorio Cordovez.

El señor Leckie, es partidario del escalafón monumental o la precedencia estatutaria y estima que en la concesión de honores broncíneos o marmóreos debe procederse por riguroso orden de méritos. Los méritos, esó sí, los califica el señor Leckie, sin lugar a apelación.

Ahora cree que le corresponde el turno estatuario a Bilbao y no a Cordovez, y en ello funda su enérgica oposición al proyecto.

Según el señor Leckie, Bilbao tiene preferencia sobre su competidor, porque, "se adelantó a su tiempo". Esta que es una mala condición en los relojes, suele ser igualmente dañina, tratándose de los individuos. Acaso por eso no lo apoyó el señor Adrián.

Erostrato, al quemar el templo de Efeso, se adelantó a su tiempo produciendo la destrucción de un hermoso edificio muchos siglos antes de lo que habría sido de desear.

En mi modesta opinión, Bilbao fué también un "chiflado", y en calidad de tal merece que se le haga un monumento en representación del nuevo régimen, sin que esto importe retardar los honores que se quieren tributar al señor Cordovez.

Pero el señor Leckie, opina de otro modo y está en su perfecto derecho. La repugnancia que Bilbao, de amplia melena y largas barbas, manifestó siempre por los peluqueros, no ha sido correspondida con la misma moneda por el magnánime y testarudo diputado porteño. Al contrario, se opone a que el "apostol" tenga el tiempo suficiente para echar su barba en remojo, mientras afeitan, o más bien dicho cincelan, a su vecino Cordovez.

Todos los argumentos, los ruegos, promesas y consejos que durante una hora hicieron valer, sucesivamente, el Jueves, sus colegas Fradenas, Vargas Márquez y Celis, se estrellaron contra su criterio de granito.

Fuó una lucha desigual, en que la pasiva y blanda resistencia del alcornoque, hubo de declararse vencida ante la ruda obstinación del adoquín.

Se le trató de enternecer con recuerdos de su infancia, se le prometió apoyar incondicionalmente a Bilbao, se le imploró, se le amenazó, y el señor Celis, a pesar de su espíritu radical, llegó a darle el tratamiento de "su paternidad".

"Hago simplemente una advertencia a su señoría - terminó llamándolo a la senda de la conveniencia y la concordia el señor Celis, - y es que, no es el camino que su señoría ha escogido en estos momentos el que le llevará a tener éxito cuando quiera que los proyectos de "su paternidad" sean despachados por la Cámara".

Todo en vano.

-Primero Bilbao - decía el señor Leckie,- y de allí no lo sacaron.

Acaso el diputado porteño tenga razón. Si hay país donde las aspiraciones estatutarias deben reglamentarse, es el nuestro. Aquí, donde el boy-scout, el león suizo, el bombero, el cóndor del abate Molina y el sable gigantesco de Manuel Rodríguez, han obtenido los honores del bronce con anterioridad a muchos padres de la patria, es urgente y necesario el establecimiento de un orden riguroso, de un escalafón - en una palabra,- de una "carrera monumental", que permita a los aspirantes ascender por todos sus grados, desde el busto

a la escala ecuestre, conforme a su hoja de servicios, a su antigüedad y sus méritos.

Esta carrera traería verdaderos beneficios. Hay tanta gente interesada en llegar, como la mujer de Doh, a convertirse en estatua; hay tantos hombres que, sin reparar en los medios, escalan los más altos puestos de la administración, sólo con la esperanza de pasar a la historia.

Una triste experiencia ha demostrado cuán caras suelen costar al país estas descabelladas ambiciones que, tal vez, se calmarían si pudiera decirse al pretendiente:

-Renuncie usted a ocupar el cargo que persigue, y se le garantiza un puesto en el escalafón de monumentos. Será usted desde ahora una estatua en servicio activo; su gloria está asegurada, ¿qué más quiere?

Y saldrían ganando el interesado y el país.

Habría, es cierto, que agregar un nuevo monumento, inmerecido y feo, a los muchos que pueblan la ciudad, pero es el caso de decir con Espronceda:

"!Que haya una estatua más, qué importa al mundo!"

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

P.